



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Paris. — Imprenta Walder, calle Bonaparte, 44.

CARTA PRIMERA.

Mi estimado amigo : difícil tarea me ha deparado V. en su apreciada, hablándome del escepticismo : este es el problema de la época, la cuestión capital, dominante, que se levanta sobre todas las demas, cual entre tenues arbustos el encumbrado ciprés. ¿Qué pienso del escepticismo; qué concepto formo de la situación actual del espíritu humano tan tocado de esta enfermedad? ¿cuáles son los probables resultados que ha de acarrear á la causa de la religion? Todo esto quiere V. que le diga; á todas estas preguntas exige V. una respuesta cabal y satisfactoria; añadiéndome, que « quizás de esta manera se esclarezcan algun tanto las tinieblas de su entendimiento, y se disponga á entrar de nuevo bajo el imperio de la fé. »

Deja V. entrever algunos recelos de que mis respuestas sean sobrado dogmáticas y decisivas; haciéndome la caritativa advertencia de que « es menester despojarse por un momento de las convicciones propias, y procurar que la discusión filosófica se resienta todo lo menos posible

la libertad?  
dudamos,  
investiga-  
o, es decir,  
as tinieblas  
olo para di-

, de la in-  
de la nece-  
a inspirada  
pues qué?  
son la mas  
no es esto  
pareciendo,  
til, que es  
ole el vivir  
ce la opor-  
emos con-  
e, mi esti-  
me inclino  
cepticismo  
.

rtos nom-  
a radiante  
xperiencia  
de la edad  
ductor, me  
cia, y me  
o, en que  
ciarme en  
mo de sus  
usion que  
sabios me  
recuerdo



de la invariable fijeza de las doctrinas religiosas. » Aso-  
maba á mis labios la sonrisa al leer las palabras que  
acabo de transcribir, viendo que de tal manera viva V.  
equivocado sobre la verdadera situacion de mi espíritu;  
pues se figuraba hallarme tan dogmático en filosofía  
como me habia encontrado en religion. Paréceme que á  
fuerza de declamar contra la esclavitud del entendi-  
miento de los católicos, han logrado en buena parte su  
dañado objeto los incrédulos y los protestantes, persua-  
diendo á los incautos de que nuestra sumision á la au-  
toridad de la Iglesia en materias de fé, quebranta de tal  
suerie el vuelo del espíritu, y anonada tan completa-  
mente la libertad de examinar, hasta en los ramos no  
pertenecientes á religion, que somos incapaces de una  
filosofía elevada é independiente. Así tenemos por lo  
comun la desgracia, de que sin conocernos se nos juz-  
gue, y sin oírnos se nos condene. La autoridad ejercida  
por la Iglesia católica sobre el entendimiento de los  
fieles, en nada cercena la libertad justa y razonable que  
se expresa en aquellas palabras del sagrado Texto : *En-  
tregó el mundo á las disputas de los hombres.*

Todavía me atreveré á añadir, que seguros los cató-  
licos de la verdad en los negocios que mas les impor-  
tan, pueden ocuparse de las cuestiones puramente filo-  
sóficas con ánimo mas tranquilo y sosegado, que no  
los incrédulos y escépticos : mediando entre ellos la  
diferencia que va de un observador que contempla los  
fenómenos terrestres y celestes desde un lugar á cu-  
bierto de todo peligro, á otro que se halla precisado á  
verificarlo desde una frágil tabla abandonada á la mer-  
ced de las olas. ¿Cuándo entenderán los enemigos de  
la religion, que la sumision á la autoridad legítima nada  
tiene de servilismo, que el homenaje tributado á los  
dogmas revelados por Dios, no es torpe esclavitud, sino

el mas noble ejercicio que hacer podamos de la libertad?  
Tambien los católicos examinamos, tambien dudamos,  
tambien nos engolfamos en el piélago de las investiga-  
ciones; pero no dejamos la brújula de la mano, es decir,  
la fé : porque así en la luz del dia como en las tinieblas  
de la noche, queremos saber dónde está el polo para di-  
rigir cual conviene nuestro rumbo.

Hábla V. de la flaqueza de nuestro espíritu, de la in-  
certidumbre de los conocimientos humanos, de la nece-  
sidad de discutir con aquella modesta reserva inspirada  
por el sentimiento de la propia debilidad; ¿pues qué?  
¿por ventura esas mismas reflexiones no son la mas  
elocuente apologia de nuestra conducta? ¿no es esto  
mismo lo que estamos continuamente encareciendo,  
cuando probamos y evidenciamos que es útil, que es  
prudente, que es cuerdo, que es indispensable el vivir  
sometido á una regla? Supuesto que se ofrece la opor-  
tunidad, y que la buena fé exige que hablemos con  
toda sinceridad y franqueza, debo manifestarle, mi esti-  
mado amigo, que salvo en materias religiosas, me inclino  
á creer que no lleva V. tan adelante el escepticismo  
como este que V. se imaginaba tan dogmático.

Hubo un tiempo en que el prestigio de ciertos nom-  
bres, el deslumbramiento producido por la radiante  
aureola que coronaba sus sienes, la ninguna experiencia  
del mundo científico, y sobre todo el fuego de la edad  
ávido de cebarse en algun pábulo noble y seductor, me  
habian comunicado una viva fé en la ciencia, y me  
hacian saludar con alborozo el dia afortunado, en que  
introducirme pudiera en su templo para iniciarme en  
sus profundos arcanos, siquiera como el último de sus  
adeptos. ¡ Oh ! aquella era la mas hermosa ilusion que  
halagar pudo el alma humana : la vida de los sabios me  
parecia á mí la de un semidios sobre la tierra ; y recuerdo



que mas de una vez fijaba con infantil envidia mis ojos sobre un albergue que encerraba un hombre mediano, que yo en mi inexperiencia conceptuaba gigante. Penetrar los principios de todas las cosas, levantar el tupido velo que cubre los secretos de la naturaleza, levantarse á regiones superiores descubriendo nuevos mundos que se escapan á los ojos de los profanos, respirar en una atmósfera de purísima luz, donde el espíritu se despegara del cuerpo, adelantándose á gozar de las delicias de un nuevo porvenir; estos creía yo que eran los beneficios que proporcionaba la ciencia; nadando en esta felicidad contemplaba yo á los sabios; viniendo por fin los aplausos y la gloria que á porfía los rodeaban, á solazarlos en los breves momentos en que descendiendo de sus celestiales excursiones se dignaban poner de nuevo sus pies sobre la tierra.

La literatura, me decía yo á mí mismo, sus investigaciones sobre lo bello, lo sublime, sobre el buen gusto, sobre las pasiones, les suministrarán reglas seguras para producir en el ánimo del oyente ó del lector el efecto que se quiera; sus estudios sobre la lógica é ideología les darán un clarísimo conocimiento de las operaciones del espíritu, y de la manera de combinarlas y conducir las para alcanzar la verdad en todo linaje de materias; las ciencias y físicas matemáticas deben de rasgar el velo que cubre los secretos de la naturaleza; y la creación entera con sus arcanos y maravillas se desplegará á los ojos de los sabios, como se desarrolla un raro y precioso lienzo á la vista de favorecidos espectadores; la psicología los llevará á formarse una completa idea del alma humana, de su naturaleza, de sus relaciones con el cuerpo, del modo de ejercer sobre este su acción, y de recibir de él las varias impresiones; las ciencias morales, las sociales y políticas les ofrecerán en vasto cuadro la admirable

armonía del mundo moral, las leyes del progreso y perfección de la sociedad, las infalibles reglas para bien gobernar; en una palabra, me imaginaba yo, que la ciencia era un talisman que obraba maravillas sin cuento, y que quien llegase á poseerla, se levantaba á inmensa altura sobre el vulgo de la triste humanidad. ¡Vana ilusión que bien pronto comenzó á marchitarse, y que al fin se deshojó como flor secada por los ardores del estío!

Cuanto mas dorados habian sido mis sueños, y mayor por consiguiente mi avidez de conocer lo que tenían de realidad, tanto mas dura fué la lección que recibí y mas temprana vino la hora de entender mi engaño. Apenas entrado en aquellas asignaturas donde se ventilan algunas cuestiones importantes, principié mi espíritu á sentir una inquietud indefinible, á causa de no hallarme bastante ilustrado por lo que leía ni por lo que oía. Ahogaba en el fondo de mi alma aquellos pensamientos que surgían incesantemente sin poderlo yo remediar; y procuraba acallar mi descontento, lisonjeándome con la esperanza de que para mas adelante me estaba reservado el quedarme enteramente satisfecho. «Será menester, me decía yo, ver primero todo el cuerpo de doctrina, de la cual no alcanzas ahora mas que los primeros rudimentos; y entonces á no dudarlo, encontrarás la luz y la certeza que en la actualidad echas menos.»

Difícilmente hubiera podido persuadirme á la razón, que hombres cuya vida se habia consumido en improbos trabajos, y que con tal seguridad ofrecían al mundo el fruto de sus sudores, hubiesen aprendido sobre las gravísimas materias de que se ocupan, poco mas que el arte de hablar con facilidad en pro ó en contra de una opinión, metiendo mucho ruido con palabras huecas, y con discursos pomposos. Todas mis dificultades, todas mis du-



das y escrúpulos, todo lo atribuía á mi inexperiencia, á mi torpeza en comprender el sentido de lo que me decían autores tan respetables : por cuyo motivo se apoderó de mí la idea de saber el arte de aprender. No se afanaron tanto los antiguos químicos en pos de la piedra filosofal, ni los modernos publicistas en busca del equilibrio de los poderes, como yo andando en zaga del arte maravilloso : y Aristóteles, con sus infinitos sectarios, y Raimundo Lulio, y Descartes, y Malebranche, y Locke, y Condillac, y no sé cuántos menos notables, cuyos nombres no recuerdo, no bastaban á satisfacer mi ardor. Quien me ocupaba y confundía con las mil reglas sobre los silogismos, quien señalaba mayor importancia á los juicios y proposiciones, quien á la claridad y exactitud de la percepción, quien me abrumaba con preceptos sobre el método, quien me llevaba de la mano á la investigación del origen de las ideas, dejándome mas en oscuras que antes; en breve, no tardé en advertir que cada cual echaba por su camino favorito, y que á quien en seguirlos se empeñase le habian de volver la cabeza:

Estos señores directores del entendimiento humano, dije para mí mismo, no se entienden entre sí : esto es la torre de Babel, en que cada cual habla su lengua; con la diferencia de que allí el orgullo acarrió el castigo de la confusion, y aquí la confusion misma aumenta el orgullo, erigiéndose cada cual en único legítimo maestro, y pretendiendo que todos los demas no ofrecen para el derecho de enseñanza sino títulos apócrifos. Al propio tiempo, iba notando que lo mismo con corta diferencia sucedia en los demas ramos del humano saber; con lo que entendí, que era necesario, urgente, desterrar la hermosa ilusion que sobre las ciencias me habia formado. Estos desengaños habian preparado mi espíritu á una verdadera revolucion; y aunque vacilando algunos

momentos, al fin me decidí á pronunciarme contra los poderes científicos, y alzando en mi entendimiento una bandera, escribí en ella : *abajo la autoridad científica.*

Nada tenia yo para sustituir al poder destruido, porque si esos respetables filósofos sabian poco sobre las altas cuestiones cuya solucion andaba buscando, yo sabia menos que ellos, pues que no sabia nada. Ya puede V. imaginarse que no dejaria de serme doloroso el consumir una revolucion semejante; y que á veces hasta me acusaba de ingrato, cuando llevando la revolucion hasta sus últimas consecuencias, forzaba á emigrar de mi espíritu personas tan respetables, como Platon, Aristóteles, Descartes, Malebranche, Leibnitz, Locke y Condillac. La anarquía era el necesario resultado de un paso semejante; pero yo me resignaba gustoso á ella, antes que llamar nuevamente al gobierno de mi entendimiento á estos señores que así me habian engañado. Además, que habiendo probado ya el placer de la libertad, no queria deslustrar el triunfo, pasando por las horcas caudinas.

Apremiado mi espíritu por la sed de verdad, no podia quedar en un estado de completa inercia; y así es que empecé buscarla con mayor empeño, no pudiendo creer que estuviera el hombre condenado á ignorarla, mientras vive en este mundo. Sin duda creará V. que un escepticismo universal fué el inmediato resultado de mi revolucion, y que concentrado dentro de mí mismo, dudé de la existencia del mundo que me rodeaba, dudé de la existencia de mi propio cuerpo, y que temeroso de que no se me escapara toda existencia, y que á manera de encantamiento me hallase reducido á la nada, me apresuré á asirme del raciocinio de Descartes : *yo pienso, luego soy : ego cogito, ergo sum.* Pues nada de eso, mi estimado amigo; que si bien tenia alguna afición á la



filosofía, no estaba sin embargo fanatizado por el filósofo; y sin reflexionar mucho me convencí de que dudar de todo es carecer de lo mas precioso de la razón humana, que es el sentido comun. No me faltaba la noticia del axioma ó entimema de Descartes, y de otras semejantes proposiciones ó principios; pero siempre me pareció que tan cierto me estaba de que existia como de que pensaba, como de que tenia cuerpo, como del movimiento, como de las impresiones de los sentidos, como del mundo que me rodeaba; y por consiguiente, reservándome fingir por algunos momentos esa duda, para cuando el ocio y el humor lo consintieran, me quedé con todas las convicciones y creencias que antes, salvo las llamadas filosóficas. Para estas fui, y he sido y seré inexorable: la filosofía proclama sin cesar el exámen, la evidencia, la demostracion; enhorabuena; pero sepa al menos que cuando seamos hombres y no mas, nos arreglaremos en nuestras convicciones cual á nosotros nos cumpla, siguiendo las inspiraciones del buen sentido; pero en los ratos en que seamos filósofos, que para todo hombre son ratos muy breves, reclamaremos sin cesar el derecho de exámen, exigiremos evidencia, pediremos demostracion seca. Quien reina en nombre de un principio, menester es que se resigne á sufrir los desacatos que dimanar puedan de las consecuencias.

Claro es que en este naufragio universal de las convicciones filosóficas, no entraban las religiosas: estas las habia adquirido por otro camino, se presentaban á mi espíritu con otros títulos, y sobre todo se encaminaban de suyo á dirigir la conducta, á hacerme no sabio sino bueno; de consiguiente contra ellas no se irritó mi susceptibilidad pirrónica. Todavía mas: lejos de que sintiera inclinacion á separarme de las creencias que se me habian inspirado en la infancia, me convencí mas

y mas de la necesidad, y hasta del interés propio que tenia en no perderlas; pues que comencé á mirarlas como la única tabla de salvacion en este proceloso mar de las cavilaciones humanas. Acrecentóse el deseo de aferrarme en la fé católica, cuando ocupándome algunos ratos, con espíritu de completa independencía, en el exámen de las trascendentales cuestiones que la filosofía se propone resolver, me vi rodeado por todas partes de espesísimas tinieblas; sin que descubriese mas luz que algunas ráfagas siniestras, que sin alumbrar el camino solo servian para hacerme visible la profundidad de los abismos á cuyo borde se hallaban mis plantas.

Por esto conservaba en el fondo de mi alma la fé católica como un tesoro de inestimable valor; por esto al encontrarme angustiado en vista de la nada de la ciencia del hombre, y cuando me parecia que la duda se iba apoderando de mi espíritu, haciendo desaparecer de mis ojos el universo entero, como desaparecen de la vista de los espectadores las mentirosas ilusiones con que por algunos momentos los ha entretenido un hábil prestigiador, daba una mirada á la fé, y su solo recuerdo era bastante á confortarme y alentarme.

Recorriendo las cuestiones, que cual insondables piélagos rodean los principios de la moral, examinando los incomprensibles problemas de la ideología y de la metafísica, echando una ojeada á los misterios de la historia y á los escrúpulos de la crítica, contemplando la humanidad entera en su actual existencia y en los sombríos arcanos de su porvenir, deslizábanse á veces por mi entendimiento pensamientos aciagos, cual mónstruos desconocidos que asoman su cabeza, asustando al viajero en una playa solitaria; pero yo tenia fé en la providencia, y la providencia me salvó. Hé aquí cómo discurría para fortificar mi espíritu, dejando á la gracia que no



dejara estériles mis débiles esfuerzos. « Si dejas de ser católico, no serás por cierto ni protestante, ni judío, ni musulmán, ni idólatra; estarás pues de golpe en el deísmo. Entonces te hallarás con un Dios; pero no sabiendo nada sobre tu origen y tu destino, nada sobre los incomprensibles misterios que por experiencia ves y sientes en tí mismo y en la humanidad entera, nada sobre la existencia de premios y penas en otro mundo, sobre la otra vida, sobre la inmortalidad del alma; nada sobre los motivos que haya podido tener la providencia en condenar á sus criaturas á tantos sufrimientos sobre la tierra, sin darles ninguna noticia que consolarlas pudiera con la esperanza de otros destinos; nada entenderás de las grandes catástrofes que con tanta frecuencia ha padecido, padece y andará padeciendo el humano linaje; es decir, que no hallarás la acción de la providencia en ninguna parte, no hallarás por consiguiente á Dios; por tanto dudarás de su existencia, si es que no abracés decididamente el ateísmo. Fuera Dios del universo, el mundo es hijo del acaso, y el acaso es una palabra sin sentido, y la naturaleza un enigma, y el alma humana una ilusión, y las relaciones morales nada, y la moral una mentira. Consecuencia lógica, necesaria, inflexible; término fatal que no puede el hombre contemplar sin estremecerse, negro é insondable abismo al cual no cabe abocarse sin espanto y horror. »

Así media el camino que me era preciso seguir, una vez apartado de la fé católica, si continuar intentara en el exámen filosófico sacando consecuencias de los principios que yo propio hubiera sentido en el momento de la defección. A tanta insensatez no quería yo llegar, no quería suicidarme de tal suerte matando mi existencia intelectual y moral, apagando de un sólo la sola antorcha que alumbrarme podía en el breve trecho de la

vida. Así me he quedado con mucha desconfianza en la ciencia del hombre, pero con profunda fé religiosa: llámelo V. pusilanimidad ó como mas le agradare, no creo sin embargo, que me pese de la resolución cuando me halle al borde de la tumba.

Hay en las regiones de la ciencia como en los senderos de la práctica, ciertas reglas de buen juicio y prudencia de que no debe el hombre desviarse jamás. Todo lo que sea luchar con el grito de nuestro sentido íntimo, con la voz de la naturaleza misma, para entregarse á vanas cavilaciones, es ajeno de la cordura, es contrario á los principios de la sana razón. Por esta causa debe condenarse como insensato el sistema de un escepticismo universal hasta en las materias puramente filosóficas; sin que por esto sea menester abrazar ciegamente las opiniones de esta ó aquella escuela. Pero donde conviene particularmente la sobriedad en el uso de la razón es en materias religiosas: porque siendo estas de un orden muy elevado, y rozándose en muchos puntos con las torcidas inclinaciones del corazón, tan presto como la razón empieza á cavilar y sutilizar en demasia, se halla el hombre en un laberinto donde paga muy caro su presunción y orgullo. Quédase el entendimiento en un cansancio, en un abatimiento, en una postración indecibles, desde que se ha levantado contra el cielo; como nos cuentan las historias de aquel brazo que en el momento de extenderse á un objeto sagrado se sintió herido de parálisis.

¡Singularidad notable! el escepticismo religioso sirve únicamente en medio de la dicha terrena, solo se alberga tranquilamente en el hombre, cuando rebosando de salud y de vida, mira como eventualidad muy lejana el instante supremo, en que le será preciso al espíritu el despegarse del cuerpo mortal y pasar á otra



vida. Pero desde el momento en que la existencia está en peligro, cuando vienen las enfermedades como heraldos de la muerte, á indicarnos que no está lejos el terrible trance, cuando un riesgo imprevisto nos advierte que estamos como colgantes de un hilo sobre el abismo de la eternidad, entonces el escepticismo deja de ser satisfactorio; la mentida seguridad que poco antes nos proporcionara, se trueca en incertidumbre cruel, angustiosa, llena de remordimientos, de sobresalto, de espanto. Entonces el escepticismo deja de ser cómodo, y pasa á ser horroroso; y en su mortal postracion busca el hombre la luz y no la encuentra, llama á la fé, y la fé no le responde; invoca á Dios, y Dios se hace sordo á sus tardías invocaciones.

Y para ser el escepticismo duro, cruel tormento del alma, no es necesario hallarse en esos trances formidables en que el hombre fija azorada su vista en las tinieblas de un incierto porvenir; en el curso ordinario de la vida, en medio de los acontecimientos mas comunes, siente mil veces el hombre cual cae gota á gota sobre su corazon el veneno de la víbora que en su seno abriga. Momentos hay en que los placeres cansan, el mundo fastidia, la vida se hace pesada, la existencia se arrastra sobre un tiempo que camina con lentitud perezosa. Un tedio profundo se apodera del alma; un indecible malestar la aqueja y atormenta. No son los pesares abrumadores destrozando el corazon, no es la tristeza abatiendo el espíritu, y arrancándole dolorosos suspiros por medio de punzantes recuerdos: es una pasion que nada tiene de vivo, de agudo, es una languidez mortal, es un disgusto de cuanto nos circunda, es un penoso entorpecimiento de todas las facultades, como aquel desasosegado estupor que en ciertas dolencias anuncia crisis peligrosas. ¿A qué estoy yo en el mundo? se dice

el hombre á sí mismo? ¿Qué ventajas me trae el haber salido de la nada? ¿Qué pierdo apartándome de la vista de una tierra, para mí agostada, de un sol que para mí no brilla? El dia de hoy es insipido como el dia de ayer, y el dia de mañana lo será como el de hoy; mi alma está sedienta de gozar y no goza; ávida de dicha y no la alcanza; consumiéndose como una antorcha que por falta de pábulo desfallece. ¿No ha sentido V. repetidas veces, mi estimado amigo, este tormento de los afortunados del mundo, ese gusano roedor de los espíritus que se pretenden superiores? ¿No asoma jamás en su pecho ese movimiento de desesperacion que se ofrece al hombre como el único remedio á un mal tan insupportable? Pues sepa V. que uno de sus funestos manantiales es el escepticismo, ese vacío del alma que la desasosiega y atormenta, esa ausencia espantosa de toda fé, de toda esperanza, esa incertidumbre sobre Dios, sobre la naturaleza, sobre el origen y destino del hombre. Vacío tanto mas sensible, cuanto recae en almas ejercitadas en el discurso por el estudio de las ciencias, excitadas en todas sus facultades mentales por una literatura loca que solo se propone producir efecto, aunque sean los sacudimientos de la electricidad ó las convulsiones del galvanismo; almas que sienten avivadas y aguzadas todas las pasiones por un mundo sagaz, que les habla en todos los idiomas, y las conmueve de tan varias maneras, echando mano de infinidad de recursos.

Hé aquí, mi estimado amigo, lo que pienso del escepticismo, lo que opino de sus efectos sobre el espíritu humano. Le considero como una de las plagas características de la época, y uno de los mas terribles castigos que ha descargado Dios sobre el humano linaje.

¿Cómo se puede remediar un mal tamaño? No lo sé; pero



si me atreveré á decir que se pueden atajar algun tanto sus progresos; y me inclino á esperar que así se hará, siquiera por el interés de la sociedad, por el buen orden y bienestar de la familia, por el reposo y sosiego del individuo. El escepticismo no ha caído de repente sobre los pueblos civilizados; es una gangrena que ha cundido con lentitud; lentamente se ha de remediar tambien; y sería uno de los mas estupendos prodigios de la diestra del Omnipotente, si para su curacion no fuera menester el trascurso de muchas generaciones.

Así entenderá V., mi estimado amigo, que no me hago ilusiones sobre la verdadera situación de las cosas; y que flotando yo en medio de las olas sobre la tabla que me conducirá á salvamento, no pierdo de vista el destrozado que en mis alrededores existe, no olvido la funesta catástrofe que han sufrido los espíritus por un fatal concurso de circunstancias durante los tres últimos siglos.

¿Cómo permite Dios, me dice V., que ande fluctuando la humanidad en medio de tantos errores, y que de tal suerte se extravíe sobre los puntos que mas le interesan? Esta dificultad no se limita á la permission divina con respecto á las sectas separadas, sino que se extiende á las demas religiones; y como estas han sido muchas y extravagantes desde que el humano linaje se apartó de la pureza de las tradiciones primitivas, la objecion abarca la historia entera, y el pedir su solución es nada menos que demandar la clave para explicar los arcanos que en tanta abundancia se ofrecen en la historia de los hijos de Adán.

No es este asunto que se preste á ser aclarado en pocas palabras, si aclaracion llamarse puede lo que sobre tan profundo misterio alcanza el débil hombre; como

quiera, procuraré hacerlo en otra carta, dado que la presente va tomando mas ensanche del que fuera menester.

Manifestada tiene V. mi opinion sobre el escepticismo religioso, y declarado tambien cuál se áviene la fé católica con una prudente desconfianza de los sistemas de los filósofos. Muchos quizás no se avengan con esta manera de mirar las cosas; sin embargo la experiencia demuestra que el espíritu se halla muy bien en este estado; y que cierto grado de escepticismo científico, hace mas fácil y llevadera la fé religiosa. Si en ella no me mantuviese la autoridad de una Iglesia que lleva mas de 18 siglos de duracion, que tiene en confirmacion de su divinidad su misma conservacion al través de tantos obstáculos, la sangre de innumerables mártires, el cumplimiento de las profecías, infinitos milagros, la santidad de la doctrina, la elevacion de sus dogmas, la pureza de su moral, su admirable armonía con todo cuanto existe de bello, de grande, de sublime; los inefables beneficios que ha dispensado á la familia y á la sociedad, el cambio fundamental que en pro de la humanidad ha realizado en todos los paises donde se ha establecido, y la degradacion, el envilecimiento que sin excepcion veo reinando allí donde ella no domina; si no tuviera, digo, todo este imponente conjunto de motivos para conservarme adicto á la fé, haría un esfuerzo para no apartarme de ella, cuando no fuera por otra razon, por no perder la tranquilidad de espíritu.

Dé V. una ojeada en torno, mi estimado amigo: no verá mas por do quiera que horribles escollos, regiones desiertas, playas inhóspitalarias. Este es el único asilo para la triste humanidad: arrójese quien quiera al furor de las olas, yo no dejaré esta tierra bendita donde me colocó la providencia. Si algun dia fatigado y rendido



de luchar con las tempestades se aproxima V. á las venturosas orillas, se tendrá por feliz si en algo puede favorecerle tendiéndole una mano auxiliadora este S. S. S. Q. B. S. M.

*J. B.*

~~~~~

CARTA II.

—•—

Voy á pagar, mi estimado amigo, la deuda que en anterior contraje, de responder á la dificultad que V. me proponia, relativa á la permission de Dios, sobre tantas y tan diferentes religiones. Este es uno de los argumentos que sin cesar reproducen los enemigos de la religion, y que suelen proponer con tal aire de seguridad y de triunfo, como si él solo bastara á echarla por tierra. No se crea que trate yo de desvanecer la dificultad, eludiendo el mirarla cara á cara, ni de disminuir su fuerza presentándola cubierta con velos que la disfracen; muy al contrario, opino que el mejor modo de desatarla es ofrecerla en toda su magnitud. Añadiré ademas, que no niego que haya en esto un misterio profundo, que no me lisonjeo de señalar razones del todo satisfactorias en esclarecimiento de la objecion indicada; pues estoy íntimamente convencido de que este es uno de los incomprensibles arcanos de la providencia, que al hombre no le es dado penetrar. Me parece no obstante que les hace á muchos mas mella de la que hacerles debiera; y tan